

pretendida revelacion. Convencidos de que Dios habla por medio de los libros sagrados, y de que ellos son los representantes de Dios sobre la tierra, se ven fatalmente obligados á sostener este establecimiento divino por todos los medios. ¿Qué pueden valer los compromisos contraídos con los hombres ante los mandamientos de Dios? ¿Y qué se puede responder á los fanáticos que, con la Sagrada Escritura en la mano, proclaman que la idolatría debe ser extirpada? ¿Puede haber una tolerancia legítima contra la palabra divina? La lógica está seguramente de parte del fanatismo, del perjurio, y en caso de necesidad, del *disimulo cristiano*. No para en esto el extravío de los que buscan una regla de conducta en los libros que llaman sagrados, en los cuales respiran los sentimientos pequeños de una raza que se creía la raza elegida. Hay tambien en la Biblia lecciones sanguinarias; si la Biblia es la palabra de Dios, ¿por qué no han de buscar en ella autoridad para cometer una muerte? Hé aquí lo que pensaron los fanáticos en los siglos XVI y XVII y lo que hicieron. Hay más: el asesinato religioso llegó á ser una doctrina, doctrina irrefragable, puesto que se funda en la revelacion.

§ II.—Las guerras de religion.

N.º 1. — *El asesinato religioso.*

I.

Los asesinatos religiosos de los siglos XVI y XVII no son lo más afflictivo que hay para la humanidad; el crimen ha nacido con el hombre y solamente con él desaparecerá. Pero que el crimen sea erigido en doctrina, que se santifique la matanza, que se la predique en nombre de Dios, y fundándose en su palabra, hé aquí ciertamente uno de los más tristes extravíos de la debilidad humana. Sin embargo, si se admite que la Sagrada Escritura es la ley suprema, el error no solamente se hace excusable, sino que es fatal, eterno, puede reproducirse mañana con su acompañamiento de sangre, como se ha presentado en los siglos XVI y XVII. Un

doctor de la Sorbona ha escrito la apología de Chatel, uno de esos desgraciados extraviados por la pretendida palabra de Dios. *Boucher*, el famoso ligüero, nos dirá de qué manera el celo religioso llega hasta el asesinato: «La ley prohíbe el homicidio, dice. ¿Qué justicia hay, pues, en atentar á la persona de un rey, aunque fuese un tirano? En este caso preguntaré, responde *Boucher*, ¿por qué Finés es alabado y aprobado por Dios, por haber matado á un tiempo al impuro Israelita y á la impura Madianita? ¿Por qué Aod que mata al tirano Eglon rey de los Moabitas y le clava la daga en el vientre? ¿Por qué Elías que mata á los falsos profetas? ¿Por qué Matatías que mata al idólatra hebreo? ¿Por qué es alabada Judit que mata á Holofernes? ¿Por qué Jahel que mata á Sísara y le clava un clavo en la cabeza? ¿Por qué son canonizadas tales ejecuciones y alabadas públicamente por la Iglesia, si no hay excepciones de la regla que prohíbe matar?» *Boucher* dice que la excepcion existe para cierta clase de personas, los herejes y los tiranos. «Respecto de los primeros, *aquel*, dice la Escritura, *que no quiera obedecer al sacerdote, que muera por decreto del juez*. Porque por aquel que desobedece al sacerdote debe entenderse el hereje. Del mismo modo manda en otro lugar matar á los Cananeos, Jebuseos y Amalecitas, y David dice: *Mataré temprano á todos los pecadores de la tierra para exterminar de la ciudad de Dios á todos los que hacen iniquidad*. Y el que perdonase á uno solo, su vida responderá de la otra, como se ha visto en Saul, que perdonó á Agag, rey de Amalec.... Y sabido es que todos aquellos eran considerados como herejes.» No queda á *Boucher* más que un escrúpulo: ¿no debe hacerse esto mediante la autoridad del magistrado? ¿no deben entenderse así los pasajes citados de la Escritura? Responde que esto es cierto, cuando hay medio de hacerlo; pero que si la necesidad pública lo requiere, queda autorizado el primero que pueda conseguirlo. No faltan textos sagrados á este doctor en asesinatos: «Dios dice en la Escritura: *Si tu padre, ó tu hijo, ó tu hija, ó tu mujer reclinada en tu seno, ó tu prójimo que es como tu alma te quieren incitar, diciendo en secreto: vamos y sirvamos á los otros dioses, que no has conocido tú ni tus padres, no le perdones, ni tengas misericordia, ni le escondas, sino que de repente lo matarás, y tu mano será la primera*

sobre él para darle muerte. Segun cuyo mandamiento, los ejemplos que preceden de Finés, de Aod, de Elías, de Matatías, de Judit, de Jahel, no han sido bajo forma jurídica, sino á la primera ocasion que se les ha presentado » (1).

Hé aquí las autoridades funestas que impulsaron á los fanáticos al crimen. Sobre esto no hay engaño ni comentarios; la revelacion es la culpable; la Sagrada Escritura ha armado á los asesinos. En vano se dirá que los desgraciados que se creian autorizados por la palabra de Dios para matar á sus reyes se han engañado; que han interpretado mal los textos sagrados: responderémos que en el siglo XVI no habia otra interpretacion; católicos y protestantes, todas las sectas cristianas estaban acordes; los teólogos profesaban la doctrina del asesinato y lo predicaban en las cátedras llamadas de la verdad; la conciencia cristiana era, pues, cómplice de los asesinos, y nadie ha demostrado que se engañase bajo el punto de vista de la Escritura. Basta para condenar los libros sagrados que el asesinato religioso esté presentado en ellos como un mandamiento de Dios. No dirémos con Voltaire « que si Dios pedía sangre en el Antiguo Testamento, esta orden no podia ser obedecida sino cuando Dios mismo bajaba del cielo para dictar de sus labios, de una manera clara y precisa, sus decisiones sobre la vida de los hombres de que es señor » (2). El gran incrédulo no dice todo su pensamiento. Dios no ha bajado nunca del cielo para ordenar una muerte. Esta concepcion de la divinidad es buena para un pueblo bárbaro, y no ha podido nacer más que en el seno de la barbarie. ¿ Pero se comprende que se quiera imponer al siglo XIX las ideas falsas de una raza bárbara, porque ha tenido por conveniente llamarse el pueblo de Dios y porque sus Escrituras son libros sagrados para el cristianismo? El hombre tiene una regla más segura, que es la voz de su conciencia; ésta no le predicará nunca la muerte, ni le impondrá el fraude, ni santificará el crimen.

II.

Los reformados tuvieron á sus libros sagrados un respeto más

(1) *Apologia de J. Châtel*, c. 11 y 12. (*Memorias de CONDÉ*, t. VI, P. 3.^a)

(2) VOLTAIRE, *Ensayo sobre las costumbres*, c. 144.

profundo que los católicos; es la única autoridad que reconocen. Voltaire hace observar, y con razon, que los que tomaron la iniciativa del asesinato religioso fueron sectarios protestantes. Convirtiendo en ley suprema una letra muerta, y dejando á cada cual que interprete los textos á su manera, el error es necesario, fatal. El duque Francisco de Guisa era el adversario más formidable de los hugonotes; despues de las matanzas de Vassi, persiguieron al matador de sus hermanos con un odio implacable. Más de un sectario, turbado por la lectura de los libros santos, se creyó llamado á desempeñar el papel de Jahel. Un jóven gentil-hombre, Poltrot de Meré, se jactaba incesantemente de que el tirano habia de morir á sus manos; penetró traidoramente en el campo católico, y mató al duque, despues de haber hecho oracion y haber suplicado á Dios « que cambiase su voluntad, si lo que queria hacer le era desagradable, y si no, le diese fuerza y constancia. »

Hé aquí la primera muerte religiosa que ensangrentó las guerras de religion en Francia. ¿ Era esto obra de un fanático ó crimen de un partido? Se ha acusado de complicidad á Coligny, pero sin razon; la complicidad no es más que moral, y no pesa únicamente sobre el jefe de los hugonotes; la secta entera, ó por mejor decir, todas las sectas cristianas son culpables. Escuchemos la declaracion de Coligny: « Antes de los últimos tumultos, ha sabido, dice, que habian deliberado matar al duque de Guisa; pero léjos de haberlos inducido á ello ni haberles dado su aprobacion, por el contrario, los ha disuadido, como puede saberlo M.^{mo} de Guisa, á quien ha advertido oportunamente. Es verdad que despues de los sucesos de Vassi, despues de haber tomado las armas para defender á los pobres oprimidos contra la violencia de dicho Guisa y de sus secuaces, los ha perseguido como enemigos públicos; pero por su vida y por su honor, no resultará que haya aprobado que se atentase de esta manera á su persona, hasta que ha sido convenientemente avisado de que el duque de Guisa y el mariscal Saint-André habian reunido ciertas personas para matar al príncipe de Condé, á él y al señor de Andelot, su hermano. Visto lo cual, confiesa que desde entónces, cuando ha oído decir á alguno que si podia mataria al duque en su mismo campo, no le ha disuadido. » Coligny termina declarando « que lo que decia no se lo inspiraba

el sentimiento que le causaba la muerte de M. de Guisa, pues creía que era el mayor bien que podía suceder á la Francia y á la Iglesia de Dios» (1). La explicacion es franca, y se puede creer bajo su palabra al ilustre guerrero. Es un triste testimonio de la moralidad del siglo XVI. *Pasquier* dice de su defensa: «No confiesa haber consentido en esta muerte, pero se defendió con tal frialdad, que los que lo quieren bien, hubieran deseado, ó que se hubiera callado completamente, ó que se hubiera defendido mejor» (2).

Pasquier tiene razon, pero en lugar de culpar á Coligny, debería acusar á todos los reformados; ¿qué digo? á los católicos lo mismo que á los protestantes. Teodoro de Beza, el fiel discípulo de Calvino, no era un espíritu ordinario, no era un fanático; sin embargo, no vaciló en decir que veía en la muerte del duque de Guisa «un justo juicio de Dios, que amenazaba con igual ó mayor castigo á todos los enemigos jurados de su santo Evangelio» (3). En rigor se puede ver la mano de Dios en un crimen, sin aprobar por esto al culpable; pero de Beza fué más léjos, justificó al matador y le concedió la recompensa celeste, la corona del justo (4). Si los jefes del calvinismo aprobaron á Poltrot, se comprende la admiracion que debió excitar en el comun de los fieles. Los ministros hugonotes lo compararon, unos con Judit, otros con David (5). Entre aquellos glorificadores del crimen se distinguió Espifamo, el antiguo obispo de Nevers: «El acto de Poltrot, dice, no deja de parecerse al de Moisés, el cual, viéndose mandado por la virtud y poder de Dios para librar á su pueblo, dió muerte á los Egipcios.» El fogoso obispo convierte el asesinato en un derecho de guerra. Poco importa que el matador haya hecho uso de astucia y de disimulo; el teólogo responde con San Agustín que el fraude está permitido contra el enemigo. La Sagrada Escritura viene, como siempre, á justificar todos los horrores: «Aod fingió traer un presente á Eglon, rey de los Moabitas, y de-

(1) TH. DE BEZA, *Historia eclesiástica*, t. II, p. 296.—MARTIN, *Historia de Francia*, t. IX, p. 151 y sig.

(2) ETIENNE PASQUIER, *Cartas*, IV, 21.

(3) DE BÉZE, *Historia eclesiástica*, t. II, p. 298.

(4) LABITTE, *Los Predicadores de la Liga*, p. 41.

(5) ID., *ibid.*, p. 52 y 15.

cirle un secreto á solas, y luego le dió muerte y libró de aquél opresor al pueblo de Dios» (1). Los ministros hugonotes no se contentaron con ensalzar la muerte llevada á cabo; pronto pasaron á predicar que era preciso matar á la reina madre, Catalina de Médicis, y á los suyos; que era preciso acabar con la raza de los Valois y no dejar un vástago de aquel tronco maldito. Por último, el ministro Sureau, elevando la pasion á la altura de una doctrina, publicó un tratado para probar que era cosa lícita matar al magistrado ó al príncipe perseguidor del Evangelio (2).

III.

Los católicos estaban conformes con los hugonotes, respecto de la legitimidad del asesinato religioso. Ni aún puede decirse, como atenuacion, que usaron de represalias; sus predicadores hacian del asesinato un derecho, ¿qué digo? una virtud, un acto de santidad. Cuando la insurreccion de París echó á Enrique III en brazos de los hugonotes, los púlpitos resonaron con sermones sanguinarios y excitaciones continuas al asesinato. El cura Pigenat, al pronunciar la oracion fúnebre de los Guisa, se detuvo bruscamente, y preguntó á sus oyentes si no habia entre ellos alguno bastante celoso para vengar á aquel gran Lorenés con la sangre del tirano que le habia hecho matar. Esto, dice un historiador, era poner el puñal en manos de los que escuchaban al orador sagrado. Hubo en París una procesion con más de cien mil fieles con cirios y clamando: «Dios mio, acabad con la raza de los Valois.» Hubo curas que pusieron en el altar efigies de cera de Enrique III, y durante la misa las hirieron repetidas veces en el corazon (3). Un fraile realizó, por último, los deseos de los católicos asesinando á Enrique III. Clemente consultó con su prior, «hombre científico y muy versado en la Sagrada Escritura.» Hé aquí la respuesta de aquel ungido del Señor: «Le dijo que adquiriria una alabanza in-

(1) *Memorias de CONDÉ*, t. IV, p. 447 y sig.

(2) LABITTE, *Los Predicadores de la Liga*, p. 41.

(3) LABITTE, *Los Predicadores de la Liga*, p. 45.

mortal entre los católicos y una segura recompensa de la vida eterna, consagrando sus manos á la sangre de tan furioso tirano y perseguidor de la Iglesia de Dios, ni más ni ménos que Jehú, Judit y otros que han librado al pueblo de Dios de los tiranos que le perseguían. » Clemente tuvo su vision lo mismo que los héroes del Antiguo Testamento. Dios, escuchando las oraciones de su servidor, le envió en vision su ángel, el cual, con granduz se presentó á aquel religioso, y enseñándole una espada desnuda, le dijo estas palabras: « Hermano Jacobo, yo soy mensajero de Dios Todopoderoso, que vengo á participarte que por tí ha de ser muerto el tirano de Francia. Piensa, pues, en tí y prepárate, pues tambien tienes dispuesta la corona del martirio » (1).

Hé aquí cómo la muerte fué provocada, preparada por el fanatismo. Todos los que tenian en sus venas sangre católica aplaudieron. Habia en aquella época en una universidad de jesuitas un jóven príncipe, destinado á desempeñar un papel importante en las luchas religiosas del siglo XVII; Maximiliano de Baviera participó á su madre la alegría que habia experimentado al saber el asesinato del rey de Francia (2). El embajador de España escribió á Felipe II: « Nuestro Señor se ha servido favorecernos por medio de un suceso tan afortunado que no puede atribuirse más que á su mano poderosa..... V. M. juzgará si ese pueblo debe dar gracias á Dios por el señalado beneficio que acaba de conceder á la religion católica, no solamente en Francia, sino en toda Europa » (3). Si la Alemania católica y la España aplaudieron, ¡júzguese del entusiasmo frenético de la Liga! Se lee en el *Diario de Enrique III*: « Los predicadores decian al pueblo en sus sermones que aquel buen religioso que habia sufrido la muerte con tanta constancia por librar á la Francia de aquel perro Enrique de Valois, era un verdadero mártir » (4). Se le invocó como á un santo, se le puso en las letanías. Encendiéronse cirios en las iglesias al rededor de la estatua de Clemente; sus imágenes fueron puestas en los altares.

(1) *Archivos curiosos de la Historia de Francia*, primera serie, t. XII, p. 362, 383 y sig.

(2) RANKE, *Fürsten und Völker von Süd Europa*, t. III, p. 172.

(3) CAPEFIGUE, *La Reforma*, t. V, p. 321.

(4) *Diario de Enrique III*, t. II, p. 211.

Se hizo venir á su madre á París, se presentó al pueblo como una maravilla á aquella que habia llevado en su seno al libertador de la Iglesia. Un franciscano aseguró que « el alma del matador habia subido al cielo con la de los bienaventurados » (1). No faltaba al asesino más que una aprobacion, la del papa. Sixto V dijo en pleno consistorio que el favorable acontecimiento de la muerte de Enrique era un testimonio manifiesto de la buena voluntad de Dios respecto del reino de Francia (2). Si hemos de creer al canónigo Anquetil, el papa llegó, en el primer entusiasmo que le causó la muerte violenta de Enrique III, hasta compararla por su utilidad con la Encarnacion del Salvador, y por el heroismo del asesino con las acciones de Judit y Eleazar (3). ¡Qué aberracion en esos hombres infalibles! Hay algo más triste todavía para el historiador filósofo que los furros de los ultramontanos, y es que la religion misma es culpable, á lo ménos la religion tal como se la comprendia en el siglo XVI. Enrique III conservó partidarios entre los católicos; éstos condenaron el crimen de Jacobo Clemente, pero confesaban que el asesinato podia legitimarse por la voluntad de Dios; y ¿cómo habian de decir otra cosa en presencia de la Sagrada Escritura y de los ejemplos de Judit y de Aod? Los católicos llamados políticos no se separaban de los ligeros más que en una cuestion de hecho; estaban conformes en punto al derecho (4).

No hemos llegado al fin del camino de sangre por donde marchamos. Nos detendriamos con repugnancia, si no hubiera una gran enseñanza en estas saturnales religiosas, y la leccion es propia para el siglo XIX. Se quiere rehabilitar á la Iglesia, se la enaltece como el origen más puro de la civilizacion, se quiere volver á someter el mundo al yugo de aquel que es el órgano de la verdad inmutable. Es preciso que los hombres sepan lo que es esa verdad absoluta; si es inmutable, debe ser hoy lo que era en el siglo XVI. Si el asesinato ha sido predicado entónces en todos los pulpitos, si ha sido aplaudido por los papas, hay que admitir que

(1) LABITTE, *Los Predicadores de la Liga*, p. 80, 83, 110.—MARTIN, *Historia de Francia*, t. X, p. 168.

(2) RANKE, *Fürsten und Völker*, t. III, p. 171.

(3) ANQUETIL, *Espiritu de la Liga*, t. III, p. 94.

(4) *Memorias de la Liga*, t. IV, p. 129, 140.

el asesinato religioso es legítimo, ó hay que decir que la Iglesia del siglo XVI, desde el último fraile hasta el soberano pontífice, ha profesado el error. De suerte que, ó la Iglesia se engaña hasta justificar el asesinato, ó éste es legítimo: ¡hé aquí el círculo fatal en que se encuentra encerrada la Iglesia!

A la Sagrada Escritura, á la revelación, debe también la Francia la mayor desgracia que ha caído sobre ella en el siglo XVII, el asesinato de Enrique IV. Después de la conversión del rey de Navarra, el asesinato era la única esperanza de los ligueros, aquellos niños mimados del Papa, *aquellos hijos de la esposa legítima*: el asesinato fué predicado en todos los pulpitos. Un testigo ocular refiere los sermones que ha oído, y son tantos que no sabemos cuál escoger: «Una vez nos hemos visto ya libres, dice un cura por mano de un niño inocente; espero que, si hacemos por merecerlo, Dios nos librará de éste por mano de algún hombre de bien.» Los jesuitas, generalmente tan prudentes, redoblaban la violencia: «Necesitamos un Aod, exclamó el reverendo padre Cournolet; necesitamos un Jehu. Sí, sí, amigos míos, nos hace falta; bien sea un clérigo, bien sea un soldado, aunque sea un hugonote» (1). Los mismos gritos de rabia resonaban en todos los pulpitos: era como una consigna (2). No faltaron los Jehu y los Aod.

El primer asesino de Enrique IV fué amaestrado por un capuchino, un carmelita, dos sacerdotes de Lion, el cura Aubry y el rector del colegio de los jesuitas en París. Se lee en los documentos del proceso: «Habiendo manifestado Barriere al cura Aubry la intención que tenía de matar al rey, dicho cura le aseguró que

(1) *Diario de L'ESTOILE*, t. XLVI, p. 480, 338.

(2) Véase el discurso de un carmelita (*ib.*, p. 517): «Invitó al pueblo á deshacerse del rey, y preguntó si no habria en París algún corazón generoso, masculino ó femenino, que pudiera librarnos, como aquella buena Judith, de las manos de ese tirano de Holofernes.»

Hé aquí el sermón de un cura. Después de haber ensalzado al asesino de Enrique III, añadió «que era necesario deshacerse de Enrique IV; que era lícito el hacerlo, y que era una obra muy santa, heroica y laudable. Preguntó si no se contraria algún hombre que se encargase de hacerlo, que él podía asegurarle bien, quien quiera que fuese, que iria al Paraíso y ocuparía el lugar más inmediato á Dios en la gloria.» (*Ibid.*, p. 622.)

hacía muy bien y que ganaría gran gloria en el paraíso. Esta palabra le confirmó y le incitó mucho á continuar en su resolución; y como no sabía de letras, se dejó persuadir y seducir por dichos eclesiásticos y doctores en teología: y aún preguntó á dicho cura si hacía mal en matar al rey ahora que iba á misa, y le respondió que no, porque creía ó temía que el rey siguiese guardando mala voluntad á la religión católica.» De modo que una simple sospecha, el temor de que un príncipe sea poco propicio al catolicismo, basta para legitimar un asesinato. Continuemos: «Preguntado á dónde fué después de haber dejado á dicho cura, respondió que dicho cura le dijo que convenia ir á ver á un jesuita para advertirlé de su resolución de matar al rey. El jesuita elogió su propósito, diciéndole que era una gran cosa y otras frases por el estilo, exhortándole á tener buen ánimo y á ser constante, y á que se confesara bien, cumpliera con Pascua. Dicho jesuita le echó su bendición, diciéndole que quedaba rogando á Dios, y que Dios le asistiría en su empresa» (1). ¡Qué horrible mezcla de crimen y de devoción! ¡Y qué devoción! ¡Dios invocado para que ayude á cometer un asesinato! ¡El apoyo de Dios prometido al asesino por un ministro de la Iglesia! ¡Hé aquí la moral que se predicaba en el siglo XVI en nombre de Cristo!

Barriere encontró émulos que ambicionaban como él la gloria de Aod y de Judit. En su interrogatorio, *Chatel* declaró que habia matado al rey, porque Enrique IV era un tirano y estaba fuera de la Iglesia. Preguntado dónde habia aprendido aquella teología, respondió: en la filosofía. Esta filosofía era la de los jesuitas, con los cuales habia estudiado (2). El golpe salió mal, con gran sentimiento de los católicos. Para consolarlos, *Boucher* escribió aquella asombrosa Apología, cuya abominable doctrina hemos dado ya á conocer. Con la Escritura en la mano, el doctor de la Sorbona prueba que la acción de *Chatel* es justa, porque es la muerte de un tirano y de un hereje. Y no se diga que Enrique IV es rey y que los reyes son inviolables. *Boucher*, como verdadero hijo de

(1) *Memorias de la Liga*, t. V, p. 434 y sig.—*Diario de L'ESTOILE*, en *PETITOT*, t. LXVI, p. 514 y t. LXVII, p. 117.

(2) *Memorias de la Liga*, t. VI, p. 135.

Roma, responde que Enrique no es ya rey, porque la excomunion del Papa le ha privado de su reino. Siendo justa la accion de Chatel, no hay más remedio que admirarla como el heroismo de un mártir: «Es preciso, dice el apologista, haber perdido el sentido comun y todo sentimiento de humanidad, todo amor hácia Dios, hácia la Iglesia y hácia su patria, para no conocer que la accion de Chatel es una accion generosa, virtuosa y heróica, comparable con las más grandes y recomendables que se han visto en la antigüedad, tanto en la historia sagrada como profana.» *Boucher* no siente más que una cosa, y es que el golpe haya salido mal. Los realistas decian que éste era un favor manifiesto del cielo, y que era menester ser ateo para dudarle. Por el contrario, replica el teólogo, «es una demostracion, no de favor, sino de furor; no de compasion, sino de indignacion de Dios contra su pueblo: y por lo que respecta al tirano, no es conservacion, sino aplazamiento para ocasion mejor que Dios ha escogido» (1). Hay en estas palabras una horrible profecía; diríase que *Ravaillac* escuchó el deseo de *Boucher*. Tambien él fué impulsado al regicidio por las predicaciones que habia oido y por los libros que habia leído. Él mismo declaró que habia matado al rey, porque Enrique IV hacia preparativos de guerra contra los príncipes católicos y contra el Santo Padre; y el hacer la guerra al Papa era hacerla á Dios, «puesto que el Papa es Dios, y Dios es el Papa» (2). Se concibe que los Españoles se hayan alegrado de la muerte de un enemigo que iba á poner fin á la dominacion de la casa de Austria. Pero ¿qué es lo que movia al papa Pablo V á ver la mano de Dios en aquel asesinato? (3). ¿Por qué mezclar á la Providencia en estos crímenes? ¿No era esto aprobar el asesinato y armar la mano de los fanáticos?

Reflexiónese un momento en las consecuencias que se deducen de la doctrina, universalmente admitida en el siglo XVI, acerca de la legitimidad del asesinato religioso. Católicos y reformados tienen las manos teñidas con la sangre de sus enemigos; esta san-

(1) BOUCHER, *Apologia de J. Châtel*, en las *Memorias de CONDÉ*, t. VI, P. 3.^a

(2) MARTIN, *Historia de Francia*, t. XI, p. 11.

(3) RANKE, *Franzoesische Geschichte*, t. II, p. 142: «*Deus gentium fecit hoc.*»

gre no ha sido derramada en los campos de batalla sino por mano de asesinos; y en lugar de condenar el asesinato, ambos partidos lo aplauden y lo santifican. *Poltrot* y *Clement* son ensalzados como mártires, como *Aod* y *Judit*. No hay diferencia alguna entre los ortodoxos y los herejes. Segun los católicos, los príncipes que persiguen á la Santa Iglesia son tiranos, á quienes puede matar legítimamente el primer fanático que se presente. Segun los protestantes, los príncipes que persiguen al Santo Evangelio son tiranos á quienes es lícito inmolar para gloria de Dios. Ahora bien; en aquella edad de intolerancia todos los príncipes eran perseguidores; tal era su derecho y su primer deber: ¡luego todos están condenados á muerte! Pero no solamente persiguen los reyes; la religion puede tener enemigos más formidables, tales como los *Guisa*, los *Coligny*: tambien están condenados á muerte. Hay que ir más léjos: si el asesinato de los jefes es legítimo y sagrado, ¿por qué no ha de ser lícita y gloriosa la matanza en masa de todos los enemigos de Dios? Este espantoso razonamiento ha inspirado la noche de San Bartolomé y la conspiracion de las pólvoras. En definitiva, la sociedad se convierte en un vasto campo de sangre, en que se mata á mansalva á enemigos que no pueden defenderse. Pero aquellos enemigos tienen el mismo derecho; una noche de San Bartolomé protestante sería tan legítima como la católica. ¡Luego venimos á parar á una carnicería universal! ¡Esta doctrina era deducida en el siglo XVI de la Sagrada Escritura, de la palabra de Dios! Si no fueran más que crímenes individuales, habria que limitarse á condenar el fanatismo. Cuando los crímenes tienen su raíz en una falsa creencia, lo que hay que condenar es la creencia; la culpable, pues, es la idea de la revelacion, la Sagrada Escritura; este error funesto es el que hay que rechazar.

N.º 2. — *La crueldad religiosa.*

Si las falsas creencias han extraviado los ánimos hasta el punto de ensalzar el asesinato como una accion santa, se concibe la influencia que han debido ejercer sobre las guerras de religion. Las

guerras, tales como eran en el siglo XVI, despertaban ya por sí mismas las más malas pasiones del hombre. ¿Qué sucederá cuando la religion legitime estos funestos instintos? Un hombre que ha visto de cerca las preocupaciones religiosas, Bayle, dice «que el fanatismo quita hasta la conciencia y los remordimientos del crimen, porque los culpables creen que sirven á Dios» (1). ¿De qué excesos no serán capaces las conciencias perturbadas de esta manera? Tiene lugar una horrible confusion de lo que hay de más elevado, de más divino en el alma humana y de lo más bajo y más vil que en ella se encuentra. Pero ¡cosa horrible! Lo divino no sirve más que para justificar lo vil. ¡Crueldades dignas de un salvaje se cometen para mayor gloria de Dios! Es preciso no olvidar este extravío, cuando se leen las narraciones de los testigos oculares sobre las guerras religiosas de Francia. Dan tentaciones á cada momento de maldecir el hombre y renegar de él. No hay más que un medio de reconciliarnos con nuestra naturaleza tan imperfecta; es preciso ser indulgente con los individuos, y severo con las doctrinas; es preciso trabajar en el perfeccionamiento de las creencias; porque si el hombre es imperfecto, tambien es perfectible. ¡Sirvános, pues, el progreso de consuelo respecto del pasado y de esperanza para el porvenir!

I.

La crueldad religiosa se encuentra en los católicos y en los reformados. Se ha dicho que el genio de Calvino, duro y cruel, inspiró las crueldades de los hugonotes, y arraigó luego en los católicos por el contagio del mal ejemplo. Se ha citado esta carta de Renata de Francia al reformador de Ginebra: «No he olvidado lo que me habeis escrito, de que David ha odiado á los enemigos de Dios con ódio mortal, y trato de no faltar en nada á esta regla; si yo supiera que el rey mi padre, y la reina mi madre, y mi difunto marido y todos mis hijos eran reprobados por Dios, quisiera odiarlos con ódio mortal y desearles el infierno» (2). Este es, cierta-

(1) BAYLE, *Diccionario crítico*, en la palabra *Vorstius*, nota k.
 (2) L. BLANC, *Historia de la revolucion*, t. I, p. 61 (edicion de Méline).

mente el espíritu feroz del Antiguo Testamento en su bello ideal. Pero obsérvese bien; todavía no es más que ódio teológico. Hay tantas contradicciones en el hombre, que este ódio puede conciliarse con la caridad y con la humanidad. Los hugonotes mismos nos presentan la prueba. El espíritu que los animaba al principio de las guerras civiles era profundamente religioso, pero no era cruel. Júzguese por esta bella oracion, que era la oracion ordinaria de los soldados de Condé:

«Señor Dios, Padre y Salvador nuestro, puesto que os habeis servido concedernos la gracia de pasar la noche, para llegar hasta el dia presente, dignaos ahora concedernos el favor de que lo empleemos completamente en vuestro servicio, de suerte que no pensemos, digamos ni hagamos nada sino para agradaros y obedecer á vuestra voluntad, á fin de que por este medio todas nuestras obras sean la gloria de vuestro corazon y la edificación de nuestros prójimos. Y así como os dignais enviar la luz del sol sobre la tierra para iluminarnos corporalmente, dignaos tambien por la claridad de vuestro espíritu iluminar nuestros entendimientos y nuestros corazones, para dirigirlos por el camino recto de vuestra justicia, tomándonos bajo vuestra santa proteccion por toda nuestra vida....

»Y principalmente, Señor, porque nuestra fragilidad podria llevarnos, sin vuestro auxilio especial, á abusar fácilmente de las armas que habeis puesto en nuestras manos, os suplicamos muy humildemente que os digneis dirigirnos á nosotros, nuestras manos y nuestras armas de manera que, siguiendo la enseñanza de vuestra santa palabra, y contentándonos con lo que es nuestro, viviendo con sobriedad y modestia, sin contiendas, motines, riñas, latrocinios, blasfemias, lujuria ni otros excesos, nos concedais la gracia de conservarnos en el temor y de emplearnos santamente en esta vocacion de las armas, á la cual nos habeis llamado, no para dar rienda suelta á algun mal sentimiento, sino para mantener vuestro honor y el servicio de nuestro rey, y para la conservacion de nuestra patria con completa conciencia. Y si teneis á bien, Señor, que lleguemos á las manos, protestamos en verdad ante vos, gran Dios de los ejércitos, que preferiríamos vivir en paz sin tener las manos ensangrentadas con sangre humana; pero si

es así que quereis hacernos ejecutores de vuestras justas venganzas, os suplicamos que os digneis no imputarnos la muerte de aquellos á quienes entregueis en nuestras manos, y concedernos la gracia de castigarnos hasta la última gota de nuestra sangre, para alcanzar plena victoria contra vuestros enemigos y los nuestros, por lo cual vuestro santo nombre sea glorificado en nosotros, vuestras pobres iglesias se conserven, y nuestro rey y nuestro reino continúen en vuestra santa protección» (1).

Hé aquí unas palabras hermosas y un sentimiento cristiano. Pero aunque cristiana, ó acaso por ser cristiana, la oracion de los calvinistas no carece de peligro. Los cristianos, al combatir por su fe, se creen con demasiada facilidad soldados de Dios, confundiendo á sus enemigos con los enemigos de Dios, y, una vez arraigada esta malaventurada conviccion en hombres incultos y rudos, ¿qué excesos no serán legítimos á sus ojos? Es positivo que los hugonotes cometieron horribles crueldades: hizose de ellas una inmensa recopilacion, titulada *Teatro de las crueldades de los herejes de nuestros tiempos*. Los compiladores son demasiado apasionados para que se les pueda dar fe por completo; pero tambien es imposible que todo sea invencion: los colores están recargados, pero los hechos son reales. Hé aquí algunos extractos: es bueno ver á qué enormidades conduce el celo cristiano.

«En la parroquia de Chasseneuil, los hugonotes cogieron un sacerdote llamado Fayard, hombre, segun testimonio de los habitantes de la localidad, de muy buena vida y virtuoso ejemplo; le metieron las manos en una caldera llena de aceite hirviendo repetidas veces, tanto y por tanto tiempo, que por fin se le cayó la carne cocida y separada de los huesos; y no contentos con tan cruel tormento, le echaron en la boca del mismo aceite hirviendo, y viendo que aquel mártir no habia muerto todavía, lo arcabucearon.»

«Cogieron á otro sacerdote, llamado Guillebaut, al cual, despues de haberle cortado los órganos genitales, lo encerraron en una caja llena de taladros de barrena, y despues derramaron so-

(1) *Memorias de CONDÉ*, t. III, p. 262.

bre el pobre prisionero tal cantidad de aceite hirviendo que le hicieron morir en el tormento.»

«En San Macario, en Gascuña, abrian los vientres de los sacerdotes, y poco á poco arrollaban sus entrañas en unos palos. El atrevimiento de un hugonote fué tal, que se hizo una cadena de orejas de sacerdotes, y la llevaba al cuello públicamente, jactándose de ello ante los jefes del ejército.»

El autor termina con esta reflexion: «Tales ejemplos podrán ser bastantes para amonestacion de los prudentes, para que, conociendo el árbol por sus frutos, eviten el mismo mal, y para que recuerde la conciencia á los inicuos, si hay aún esperanzas de arrepentimiento» (1). Si se ha de juzgar al árbol por sus frutos, no será solamente la Reforma la que haya que condenar, porque los católicos fueron tan crueles como los hugonotes. Los reformados tuvieron un jefe cuyo nombre recuerda la ferocidad de una fiera, así como los rasgos de su fisonomía eran los de un ave de rapiña (2); el baron des Adrets es como el tipo de la muerte y de la destruccion. *Brantome* dice «que era más temido que la tempestad que pasa por los campos de trigo.» *D' Aubigné* le preguntó «por qué habia hecho uso de crueldades impropias de su gran valor.» Escuchemos la respuesta del feroz guerrero: «Nadie es cruel cuando no hace más que corresponder; las primeras se llaman crueldades; las demas, justicia.» A continuacion hizo una narracion horrible de más de cuatro mil muertes cometidas á sangre fria por los católicos, y de invenciones de suplicios inauditos; despues dijo «que les habia pagado en la misma moneda, aunque en menor cantidad, teniendo en cuenta el pasado y el porvenir. En cuanto al pasado, porque no podia consentir, sin ser tachado de cobardía, los tormentos de sus fieles compañeros. En cuanto al porvenir, por dos razones que ningun capitán podrá negar: primera, que el único medio de hacer cesar las barbaries de los ene-

(1) *Archivos curiosos de la Historia de Francia*, primera serie, t. VI, p. 302-308.

(2) *DE THOU*, que vió al baron des Adrets ya viejo, pero todavía fuerte y vigoroso, dice que tenía la mirada feroz, la nariz aguileña, el rostro enjuto y descarnado y señalado con manchas de sangre negra, como se pinta á Sila. (*Memorias de DE THOU*.)

migos es el ofrecerles la revancha; segunda, que no hay nada tan peligroso como enseñar á sus partidarios la desigualdad de derechos y de personas; porque, cuando hacen la guerra con respeto, bajan la frente y llevan el corazón humilde; en una palabra, que no es posible enseñar al soldado á llevar á la vez la mano á la espada y al sombrero» (1).

Segun el terrible jefe de los hugonotes, las crueldades que se le echan en cara no han sido más que represalias, y por consiguiente, actos de justicia. Los hechos que vamos á recordar dan algun peso á esta justificación. La curiosa apología del baron des Adrets nos hace ver tambien lo que la historia confirma demasiado, que las guerras de religion son *guerras malas* por esencia. En las hostilidades entre naciones hemos encontrado lo que se llama *guerras buenas*; era el sentimiento de humanidad que se manifestaba hasta en los campos de batalla. No podía suceder lo mismo en las guerras de religion, porque eran guerras á muerte. El baron des Adrets da algunas razones militares de esta crueldad, pero no bastan para explicarla. Si no hay piedad para los vencidos, es porque son enemigos de Dios; de suerte que cuanto más religioso es el vencedor, si esta palabra puede emplearse para significar un ciego fanatismo, más cruel se hace la guerra. Conocidos son los horrores de la guerra sagrada que hizo el pueblo de Dios á los habitantes de la Palestina. Aquellas atrocidades se renovaron en el siglo XVII, en la guerra de exterminio que los reformados de Inglaterra hicieron en Irlanda contra los insurrectos católicos. El odio del nombre irlandés no explica la crueldad de los soldados de Cromwell, porque fueron igualmente crueles en Escocia. Se les vió olvidar todo sentimiento humano, hasta el punto de vender sus prisioneros como esclavos. Deberíamos decir que éste es el único rasgo de humanidad que se encuentra en aquellas luchas espantosas; generalmente no se daba cuartel á los vencidos; se los mataba á sangre fría. ¡Cosa horrible! Los ministros de Dios predicaban la muerte; tronaban contra los que cejaban en la *obra del Señor*; con la Sagrada Escritura en la mano, repetían las órdenes sanguinarias que estos libros ponen en boca de Dios: *Tu ojo no tendrá piedad,*

(1) D'AUBIGNÉ, *Historia universal*, lib. III, c. II (t. I, p. 155).

y no perdonarás á nadie (1). ¡Siempre la revelacion, siempre la palabra de Dios, invocada para impulsar á los hombres á matar á sus semejantes!

II.

Apénas comenzaron en Francia las guerras de religion, cometieron los católicos crueldades de salvajes. Citarémos algunos hechos entre mil. *De Beze*, de quien los tomamos, es sospechoso como calvinista; pero es contemporáneo, y cuando cita las víctimas con sus nombres y apellidos, es difícil creer que inventa; además de que solamente los verdugos pueden imaginar los tormentos que vamos á referir: «Entre aquellos desórdenes hubo otras horribles crueldades que describiré aquí. Una mujer, llamada Margarita, esposa de Juan de Olivier, que hacía cuatro dias habia parido, fué arrancada de su lecho y arrastrada hasta el pié de la escalera por los soldados; y como la pobre madre defendía á su hijo entre sus brazos lo mejor que podía, se le arrancaron y estrellaron contra la pared, diciendo: *Por la muerte de Dios, es menester acabar con la raza de estos hugonotes*» (2).

«Habiendo entrado por asalto en la ciudad, empezaron á matar hombres, mujeres y niños, sin respeto alguno, con crueldades más horribles que nunca. Entre otros mataron á un Pedro Andrés y su mujer, á un niño pequeño que tenían consigo, y habiéndolos dejado desnudos en el suelo, pusieron el marido encima de la mujer para oprobio. Mataron tambien á una pobre mujer con un niño de pecho en sus brazos, traspasándolos con un golpe de alabarda. El Sr. de Rennepont encontró un niño de seis años, y habiéndole hecho recitar el *Pater Noster* en frances, dedujo de aquí que era reformado, y lo hizo matar á su vista, diciéndole que más le valía morir tan jóven que esperar á mayor edad. Una pobre mujer leprosa fué muerta tambien, y un pobre niño colgado al pecho de su madre. Otras varias mujeres fueron muertas, y áun

(1) BURNET, *Historia de mi tiempo*, t. I, p. 81. (Coleccion de GUIZOT.)

(2) DE BÉZE, *Historia eclesiástica*, lib. VII (t. II, p. 356).